

Esta seña fué imperceptible.

—Juan Montarón—contestó el penado.

—¿Qué habéis hecho?

El gobernador contestó por él:

—Se trata de un crimen pasional, un asesinato... asunto oscuro... Es un condenado interesante.

—Me quedo con vos. No seréis desgraciado con nosotros. Iréis á Mandu dentro de dos días... el tiempo necesario para llenar las formalidades.

Juan Montarón no contestó.

Se inclinó.

El vizconde y Guillermo habían recogido con desdén aquellas palabras.

El vizconde se acercó al director de Mandu, á quien había conocido en el círculo.

—Hacéis una buena adquisición—le dijo.

—¡Ya lo creo!

Terminada la presentación, la columna de condenados dió media vuelta.

Pero en el momento en que atravesaba por entre la multitud, en la oscuridad que iba espesándose, Juan se sintió cogido por un brazo y una voz le dijo con rapidez al oído estas palabras:

—Véte á Mandu... Allí, observa todo. Estamos aquí por tí... Te sacaremos... Estáte alerta día y noche.

Al mismo tiempo una mano buscaba la suya y la estrechaba enérgicamente.

Era la de su hermano.

XVII

Encuentro.

El cinco de mayo, á cosa de las ocho y media de la mañana, una joven muy aseada, se presentó en la administración de correos de la calle de Juan Jacobo Rousseau y preguntó con timidez á un empleado que pasaba:

—La lista de correos, ¿me hacéis el favor, caballero?

—Allá, al rincón... ¿veis?

La voz de la joven estaba ligeramente conmovida.

Era que se encontraba en un estado de ansiedad horrible.

Era Teresa Montarón, pero Teresa muy pálida todavía, como una convaleciente que acaba de salir de una larga enfermedad.

Sus recursos estaban agotados y la carta que iba á buscar era su salvación, por decirlo así, y la del pequeño Rolando á quien tanto quería.

En el momento en que entró en la sala que le había indicado el empleado, un cierto número de personas hacían cola en las taquillas hablando con los empleados.

Sobre uno de los ventanillos leyó un rótulo que decía:

VÁLORES

Allí no esperaba nadie.

Se acercó.

El empleado, que estaba leyendo un periódico tranquilamente, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué queréis?

—Una carta.

—¿A nombre de quién?

—De Teresa Montarón.

—¿Cómo decís: Montperon... Montbaron?

—Teresa Montarón.

—Habláis tan bajo... Ya he entendido. ¿Sois Teresa Montarón?

—Sí, señor.

—¿Quién me lo prueba?

—Os lo juro.

—Palabras. ¿Tenéis cartas?

—No, señor.

—¿Un talón de contribución?... ¿Un recibo del casero?

—Pero...

—No hay pero... ¿Lo tenéis?... ¿O dos personas que atestigüen que sois quien decís?

Teresa balbuceó:

—Las tendría...

—Pero exige tiempo, y eso es lo que os contraría, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿No tenéis medio de poder esperar?

—¿Decís?

—Vaya, no andemos con rodeos... ¿Es que os hace mucha falta?

—No soy rica, en efecto.

—¿Y tenéis necesidad absoluta de vuestra correspondencia y de lo que contiene?

—Es verdad.

Sin dejar de hablar, el empleado, que no tendría más de treinta años, miraba en un montón de cartas si había alguna para la persona indicada.

La fisonomía del empleado era tan bruseca como su voz; pero los bruscos tienen á veces buenos sentimientos.

Sin duda encontró lo que buscaba, porque se detuvo de pronto, repitiendo: «Teresa Montarón».

Y observó:

—Está malísimamente escrito. No es con ningún pendolista con quien tenéis asuntos. ¿Qué es lo que hace ese buen hombre?

—Es cazador de topos—contestó Teresa.

El empleado se echó á reír.

—¡Eh! ¡eh!—dijo.—He ahí un oficio que no puede tenerlo todo el que quiere. ¿Luego hay topos en vuestro país?

—¡Ya lo creo!

—¿Es vuestro padre tal vez ese hombre?

—No, señor; es un amigo.

—¿Dónde reside?

—En San Maximino, en Sologne.

—No conozco esa capital. ¿Hacia dónde es?

—Hacia Romorantin.

—Bueno.

La carta llevaba, en efecto, el sello de Romorantin.

—¿De modo—repuso—que no tenéis ninguna de esas cosas que os he pedido? ¿Ni talón, ni recibo, ni testigos?

—Yo no sabía...

—Es preciso saber... ¿Y necesitáis el dinero?

—¡Oh! sí,

—Tenéis la suerte de que no hay ahí nadie y que yo estoy solo en la oficina. Debía no entregárosla, pero voy á comprometerme por vos... Tomadla...

La entregó la carta, y presentándola un libro, la dijo, indicando con el dedo un cajetín:

—Firmad aquí y marcháos... Veo que sois sincera... De no ser así, no me hubiérais dicho que vuestro amigo es un cazador de topes.

Se hechó á reir de nuevo.

—¡Oh! señor, sois muy bueno, y os doy las gracias—dijo Teresa.

Cogió la carta y se fué.

El empleado quedó diciendo para sí:

—¡Qué mujercita tan encantadora! No he tenido corazón para negarme á darla la carta.

Teresa había dado algunos pasos y se habia parado cerca de otra taquilla donde habia mucha gente.

Habia roto el sobre de la carta para asegurarse de lo que contenía, cuando de pronto bajó á toda prisa el velo del sombrero.

Una joven vestida de negro, pero de una suprema elegancia en su traje de luto, acababa de ponerse de codos en la tabla del ventanillo, y preguntaba:

—¿Hay alguna carta para...?

—¿Para quién?

—Para la señorita Tres Estrellas.

—¿De dónde la esperáis?

—De América.

—Sí, aquí está.

El empleado entregó á la joven un enorme sobre, diciendo:

—Pero esto no es una carta, es un volumen.

Y exclamó:

—¡Otro!

Teresa seguía sorprendida.

La enlutada era Fernanda de Corbiere.

¿Qué intriga podía tener ella, que iba también á buscar su correspondencia á la lista de Correos?

¿Por qué se ocultaba?

Su fisonomía era tan casta, sus ojos tan limpidos, que ni por un momento la ocurrió á Teresa la idea de una falta; por el contrario, se dijo:

—¡Alguna buena obra, sin duda!

Cuando salió de la sala, vió á la señorita de Corbiere que montaba en un coche de punto, sola, y se alejaba de prisa hacia la calle de San Honorato.

Teresa se paró en la entrada del Correo y concluyó de romper el sobre.

Habia pedido cien francos á su amigo y éste le enviaba doble, con una carta en la que la decía:

«Mi pobre Teresa:

»Veo que no eres feliz y que nada te ha salido bien hasta ahora.

»Eso no es extraño.

»No podía ser de otro modo.

»Es preciso esperar que las cosas cambien para ti.

»Haz todos los esfuerzos que puedas, porque yo no podría ya enviarte gran cosa.

»Los doscientos francos que te envío son todo lo que me quedaba.

»A tu hermano Guillermo le dí también algo cuando marchó, y uno de estos días pasados entregué quinientos francos á un acreedor impaciente y malo que no quiere seguir prestándoos.

»Yo no sé lo que va á suceder aquí.

»Por mí no me queda absolutamente nada, pero no me apuro.

»Por quiénes temo es por tu madre y tu hermano Pedro.

»Se necesitarían más de quince mil francos para pagar todas las deudas, y nadie quiere darlos, aunque las garantías sean buenas, porque la Boca del Lobo vale el doble y más, aunque no sean una gran cosa las tierras.

»Así nos encontramos.

»Te digo las cosas como son, sencillamente.

»Yo hubiera ido á buscar un amanuense, al maestro de escuela, por ejemplo; pero prefiero que nadie sepa nuestros asuntos.

»No hay noticias de tus hermanos, y como comprenderás en tu casa están muy tristes.

»Me he encontrado el otro día con el bribón de Barassón, que me ha dado algunas noticias.

»Parece que se trata de casar á la señorita de Corbière con uno de sus vecinos de París, muy rico y algo pariente suyo.

»Esperan á que concluya el luto de las seño-

ras del castillo para la boda, y aun puede ser que sea antes.

»Dime si las cosas han pasado bien.

»Me alegraría saberlo.

»Puedes confiarme tus secretos; ya sabes que yo no digo nada á nadie.

»Es una gran desgracia que Rolando de Corbière haya muerto.

»Nadie me quitará de la cabeza que era un buen corazón, y me pregunto cómo la condesa ha podido tener unos hijos que se la parezcan tan poco.

»Lo mismo sucede con la señorita Fernanda.

»Yo la conozco poco, pero me figuro que es buena y que no será ella quien os desee mal alguno.

»Solo que es demasiado joven para obrar con arreglo á sus sentimientos.

»Si viviese el capitán, ¿hubiera tenido corazón para abandonarte así como á su hijo?

»Pero son cosas de las que no debemos ocuparnos más.

»He empleado un día entero en escribirte esta carta. Me figuro que te costará á tí más trabajo leerla que me ha costado á mí escribirla. Pero la entenderás.

»Lo importante es que sepas que aquí te quiere todo el mundo y yo en particular.

»Te abrazo y me parece verte sonreír dándome las gracias.

»¡Vá! Eso no vale la pena. Tengo más satisfacción en enviarte ese dinero que tú tendrás en recibirlo.

»Por desgracia mi bolsillo está ya vacío y se necesitará un milagro para llenarlo.

»Animo, pobre hija mía. Dios es justo y os ayudará á todos.

»Tu buen amigo,

»EL CAZADOR DE TOPOS.»

«Adivina donde te escribo esta extensa carta.

»En tu habitación, á la que vengo algunas veces para ver si por casualidad has vuelto.

»¿Volverás á ella algún día?

»Sí, Dios lo querrá.

Cuando Teresa hubo concluido de leer la carta, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Las enjugó y se preguntó qué iba á hacer.

Se consideraba rica.

Doscientos francos, esto era mucho más que lo que ella esperaba.

No hacía más que cuatro días que había salido de la clínica.

Su restablecimiento había sido bastante lento, pero ya estaba bien.

Se sentía casi fuerte.

En aquellos pocos días había arreglado sus pequeños asuntos, pensando en el porvenir.

Primero había ido á ver á los Krug, cuya situación no mejoraba...

Más bien empeoraba.

El taller estaba desierto; ya no había modelos, porque faltaba dinero para pagarlos.

No había nada que pintar, ningún encargo, ni aun copias que hacer.

El suizo comenzaba á desesperarse por primera vez en su vida.

Por otra parte el verano es mala estación para los teatros, y la señora Krug no ganaba nada apenas.

Pero el pobre hombre había tenido fuerza para disimular sus angustias ante su discípula.

La perla de aquel taller casi vacío era la cabeza de Teresa, admirable de color y de vida, una verdadera obra maestra; pero ¿que importaba esto?

Hubiera podido venderla, pero el pobre hombre no se atrevía por delicadeza.

El pobre pintor luchaba con una miseria tanto más sensible cuanto que su hija estaba cada día más enferma.

Pero Teresa no sospechaba estas ansiedades; y ¿cómo hubiera podido remediarlas, ella que se veía obligada á recurrir á otros para sus necesidades?

Además una sola idea la absorbía.

¡Su hijo!

Sentía un irresistible deseo de verle y de besarle.

Este deseo tomó en ella enormes proporciones, aquel hermoso día de primavera.

La parecía que por débil que estuviese, tendría valor para ir á pie, antes que renunciar á aquella satisfacción.

¿Pero no tenía el tren?

Sería un día perdido y una pequeña suma gastada, pero se desquitaría en seguida.

Pondría tal actividad en buscar una colo-

cación, en ver á todos los que podían ayudarla, al Sr. Quillet, por ejemplo, ó á aquel viajero tan amable que había encontrado en Cour-Chverney y cuya tarjeta conservaba, que concluiría por encontrarla.

Solo que se avergonzaba de verse tan mal vestida.

Necesitaba comprar alguna ropa para poder presentarse.

Había bajado maquinalmente por la calle del Bouloi y se encontraba cerca del Louvre.

Entró.

—¿Qué queréis?—la preguntó un dependiente.

Teresa contestó con timidez.

—Un vestido, un traje completo, pero barato.

—Por aquí, seguid la galería.

Llegó á un departamento donde se encontró en medio de una infinidad de faldas de todas clases, de lana, de algodón, de seda, y dirigiéndose á un empleado, joven, listo, de cara complaciente, le dijo vacilando.

—Yo quisiera lo necesario para poder presentarme á pretender una colocación que necesito.

El empleado la miró de arriba á abajo, hizo un gesto como el del conocedor que encuentra un objeto á su gusto y dijo:

—Comprendido, ¿Cuánto podéis gastar?

—Lo menos posible.

—Bueno; ¿pero cuánto? No temais nada, habladme como á un amigo.

—De sesenta á ochenta francos.

—Bueno. ¿Queréis un vestido?

—Sí, un sombrero... zapatos... medias... ropa blanca...

—Podéis tener todo.

Con mucha amabilidad la dió todos los informes que creyó útiles.

Y como Teresa le diera las gracias

—No las merece—contestó él;—con una joven tan bonita como vos todo el mundo es complaciente.

La presentó en seguida una faldita negra, que la sentaba admirablemente.

—Quince, noventa—dijo—esto es de balde. El sombrero en la mercería. Venid, es al lado.

La eligió uno muy elegante.

—Nueve setenta y cinco. Es regalado, en otra parte os costaría triple.

La fué acompañando de un departamento á otro hasta que completó lo que deseaba.

Tres cuartos de hora después, gracias al empleado, salía Teresa del Louvre llevando de todo; dos faldas, una de ellas bajera, un cuerpo de vestido, un sombrero, camisas y hasta zapatos y una sombrilla.

Todo, es claro muy barato, su bolsillo no había disminuido más que en cuatro lises, ochenta francos.

Lo que no impidió que á eso de las once, cuando la portera la vió bajar exclamara:

—¡Oh! ¡oh! ¿vamos de conquista?

Teresa movió la cabeza.

—¿O es que habéis heredado?

No, sino que había recibido una pequeña cantidad y se había vestido.

Estaba decidida á trabajar para ganar dinero.

Vería al señor Quillet y le suplicaría que se ocupara de ella.

¡Era necesario ganar algo, porque ya no era sola!

Iba á principiar por ir á casa de la nodriza y pagarla dos meses adelantados.

Necesitaba también besar á su hijo para animarse.

Antes de quince días, estaría colocada y esto sería una gran suerte porque ya no tenía nada que esperar de nadie.

Su anciano amigo acababa de enviarle su último dinero.

—De modo que váis á tomar el tren.

—Sí.

—¿Para Rambouillet?

—Justamente.

—¿Y almorzar?

No había pensado en eso, pero encontraría una panadería al ir á la estación y esto la bastaría hasta la vuelta.

Volvería aquella noche.

Ya no podía entretenerse más.

El tren salía á las once treinta.

Sonrió á la portera y salió ligera como un pájaro.

La señora Guignard se quedó mirándola desde la puerta cómo marchaba por la acera. ¿Era posible que con un pedazo de tela se transformara tan completamente una joven?

No valía nada lo que llevaba, y estaba desconocida.

Hasta la sombrilla, de hilo ó de algodón, que había abierto en la calle, era encantadora con su rayado escocés.

La señora Guignard no cesaba de admirarse.

Y además aquella Teresa era tan sincera, tan llena de gracia...

La había dicho tan risueña:

—¿Veis? Soy toda nueva, de los pies á la cabeza, por dentro y por fuera. ¡Es una locura lo que he hecho! Tal vez no pueda volver á hacerlo jamás.

¡Qué agradable era!

¿Por qué gustaba tanto á todo el mundo?

Entre tanto, Teresa marchaba muy de prisa por la calle de Rennes, con un miedo horrible de perder el tren.

Cuando llegó á la estación, vió con terror que el reloj de la fachada marcaba la hora de la salida del tren.

Se lanzó á la escalera y llegó á la taquilla en el momento en que el encargado del despacho de billetes iba á cerrarla.

—Una tercera para Rambouillet, ida y vuelta—dijo.

—Tomad. Pasad pronto.

Corrió al tren.

En un coche salón vió muy distintamente á dos señoras y un caballero joven.

Las dos señoras eran la condesa de Corbiere y su hija.

Teresa no conocía al caballero.

Podía tener unos treinta años; era rubio y tenía toda la barba, muy cuidada.

Era el marqués Huberto de Sauves, un pariente lejano de los Corbiere.

Teresa, recordando lo que el cazador de topos la decía en su carta, pensó:

—¡El futuro, sin duda, de Fernanda!

Se había metido en el primer coche de tercera que había encontrado.

El tren partió en seguida que ella se sentó.

Ciertamente que lo que su amigo de Sologne la había escrito no era para dar ideas alegres.

La Boca del Lobo debía estar triste como una tumba.

Y sin embargo, en aquel momento veía ella todo de color de rosa.

Escasa de dinero, temía menos el porvenir que desde hacía largo tiempo tanto la asustaba.

Recordaba, mirando las hermosas villas, los jardines floridos, las lilas y la verdura de los árboles y de las praderas acariciadas por los rayos del sol, las palabras del viajero de Cour-Cheverny á Blois: «Luce para todo el mundo.»

La esperanza de los días felices que el cazador de topos la hacía entrever al final de su triste carta la parecía una certeza.

¿Cómo llegaría esta dicha?

Ella no lo sabía, pero estaba en uno de esos momentos en que no se duda de nada.

La razón de su alegría era que iba á ver á su hijo, á su Rolando, á la criatura á quien quería mucho más por las penas que la había causado.

¡Iba á besarle!

Y después, ¿por qué no confesar esta inocente debilidad?

Tenía un traje nuevo; estaba, en fin, por la primera vez de su vida vestida á lo parisiense. Estaba hermosa.

Las miradas de los hombres se lo decían bastante.

No había habido uno que no se hubiese vuelto á su paso; hasta el caballero que estaba con las señoras de Corbiere, cuya mirada se había inflamado ligeramente cuando había pasado delante de él corriendo.

Había sido como un relámpago, nada un estremecimiento casi imperceptible de los párpados; ¿pero dónde está la mujer tan inocente que se engañe respecto á los sentimientos que inspira aun á los desconocidos que pasan á su lado y á quienes tal vez no vuelva á ver jamás?

Las de Corbiere no la habían visto; estaba segura de esto, porque cuando ella había pasado al lado del coche donde estaban la madre y la hija con aquel caballero, las señoras miraban hacia otro lado.

¿Adónde irían?

Teresa recordaba vagamente haber oído hablar de un castillo que aquellas señoras tenían en los alrededores de París.

¿Si sería del lado de Rambouillet?

¿Si iría á encontrarse con ellas en el camino?

Una sonrisa picaresca, y en el fondo llena de pesadumbre y de tristeza, crispó sus labios.

Se dijo:

—¡Mis nobles primos... mi cuñada y mi suegra!

¡Pero qué diferencia entre la pobre que viajaba en tercera, con el bolsillo casi vacío, llevando sobre ella casi todo lo que poseía, y la condesa de Corbiere y su hija, que podían tirar el dinero sin que careciesen de nada!

Teresa no se engañaba.

El tren se paró después de haber atravesado casi sin detenerse aquella primera etapa de su camino hacia la Bretaña.

Los empleados gritaron:

—¡Rambouillet!

Teresa, en el momento de bajarse del tren, se volvió de manera que no la pudiera ver la cara el compañero de las señoras de Corbiere.

Este se había inclinado hacia la condesa y le indicaba á Teresa con el dedo.

Salió precipitadamente de la estación y en la puerta vió un carruaje de una suprema elegancia tirado por dos caballos que pafaban de impaciencia.

Teresa no tuvo un minuto de vacilación.

Había reconocido la librea de los Corbiere, color marrón con botones dorados y cuello de terciopelo más oscuro.

Se deslizó por una callejuela para no ser vista, y esperó á que el coche hubiera desaparecido para ponerse ella en camino.

Su espera no fué larga.

El caballero y las dos señoras salieron casi en seguida de la estación, montaron en el coche y los caballos salieron al trote largo.

Entonces Teresa se acercó á un factor y preguntó.

—¿El camino para Fontaine, me haceis el favor?

El factor la indicó el camino que había tomado el coche minutos antes y la dijo:

—Por ahí derecho, el primer campanario del otro lado del bosque.

—¿Es lejos?

—Tres cuartos de legua largos, uná legua mas bien...

—Gracias.

El factor añadió riendo:

—Hubiérais pedido un asiento á la condesa. Va allí.

Teresa se estremeció.

¡Su Rolando estaba, pues, cerca del castillo de su abuela!

¡Qué capricho de la suerte!

Abrió la sombrilla y se puso en marcha.

Era poco más de medio día y su viaje duraría hasta la noche.

El día estaba hermoso. El camino era tan bueno como un paseo del parque, á uno y otro lado, se veían campos de alfalfa, de avena ó de trigo. De trecho en trecho, se veía alguna que otro casa de campo.

Después se inclinaba el camino y bajaba hasta la orilla de un vasto estanque situado en la entrada de un bosque cuyo fin no se veía.

Allí se encontraba en pleno bosque y en una soledad absoluta.

Teresa seguía su camino y dos ó tres veces había distinguido delante de ella el coche de los Corbiere, pero muy lejos, en la cima de algunas cuestecillas, cuando en la vuelta de un

sendero estrecho se encontró frente á frente con un guarda que salía de él con la escopeta al hombro.

Teresa se detuvo.

—¿La aldea de Fontaine?—preguntó.

—Todo seguido.

—¿Está lejos?

—Una media legua. ¿Vais allá?

—Sí.

—¿Conocéis á alguien allí?

—A una buena mujer... que cria niños.

—¿A la viuda Lapierre?

—Precisamente.

—¿Tenéis allí algun bebé, tal vez?

Teresa se puso colorada como la púrpura y no contestó.

El guarda la examinaba á hurtadillas.

—No seriais la primera. He visto más de una joven hermosa como vos que ha ido á esa casa.

Teresa apresuraba el paso.

Hubiera querido estar ya en Fontaine para verse libre de aquel compañero que la parecía demasiado atrevido.

Sin embargo, ya principiaba á acostumbrarse á la audacia de los hombres.

Apenas escuchaba las cosas más ó menos ligeras que la decían, como á todas las mujeres solas, desprovistas de apoyo y de defensa.

El guarda marchaba á su lado.

Era un buen mozo, de unos cuarenta años, nervudo, de tostado rostro, con ese no sé qué insolente de los criados de casa grande.

¿Guardáis estos bosques?—le preguntó Teresa, por decir algo.

—Sí.

—¿De quién son?

—Dependen del castillo de Fontaine, que vais á encontrar pronto.

—¿Y el castillo?

—Es de la condesa de Corbiere. Lo heredó de su padre, el señor Beauvillars, un individuo que tenía más dinero que vos y que yo.

Teresa suspiró.

—Es probable—dijo—pero no todo el mundo puede ser rico. ¿Es grande esta propiedad?

—Bastante. Si se la diera la vuelta en un día se dormiría bien aquella noche.

—¿Y la viuda Lapierre, dónde vive?

—En el pueblo, á dos pasos de la iglesia; pero la iglesia no tiene cura... La parroquia es la Celle. ¿Vais á estar mucho tiempo en Fontaine?

—No. Hasta la noche.

—¿Venís de París?

—Sí.

—¿Y os volvéis esta noche.

—Ciertamente.

—Entonces tomaréis el tren de las ocho y diez...

—Tal vez...

Los ojos del guarda estaban muy encendidos.

—Bueno, hermosa, os dejo... Voy á dar una vuelta... Hasta la vista... Tal vez volvamos á encontrarnos... Ya sabéis, todo derecho...

Teresa se tranquilizó.

Aquel hombre la causaba una impresión desagradable.

Le temía. La miraba con una brutalidad insolente; su voz era sarcástica.

Teresa veía una especie de amenaza en el tono con que había dicho:

—Tal vez volvamos á encontrarnos.

Pero no tardó en tranquilizarse.

Ya veía á lo lejos el puntiagudo campanario de Fontaine.

Después fué el castillo entero lo que vió, situado encima de un valle en cuyo fondo resplandecían como un espejo las aguas de un estanque.

Era una construcción de estilo Luis XIV, majestuosa y situada admirablemente.

Pronto llegó á la verja, que estaba abierta.

La huella de las ruedas del coche de la condesa estaba recién impresa en la arena.

Pero no era allí adonde iba Teresa.

Volvió á la derecha y se dirigió hacia la aldea.

Una de las primeras personas que encontró fué á la nodriza que había visto en la clínica.

Se conocieron en seguida.

—¿Y mi hijo?—preguntó Teresa muy conmovida.

La buena mujer la tranquilizó con una mirada.

—Venid á verle—la dijo.—Está hermosísimo.

La casa de la aldeana se componía solo de planta baja y de un granero.

Se entraba desde luego en la cocina y de esta se salía á una huertecita con manzanos.

La huerta estaba en frente, del otro lado de

una pradera y de un pantano, alimentado por un arroyuelo ancho como la mano.

Cerca de la cocina estaba el dormitorio, en el que había unas cuantas camas de madera, casi en bruto, pero sumamente limpias, y las ropas blancas como la nieve, los rostros respiraban salud, el aire constantemente renovado era ese aire puro de los campos, más vivificador aún por la proximidad del bosque que Teresa acababa de atravesar.

Al entrar en la casa de la nodriza, el corazón de Teresa latía con violencia.

Iba á ver al pequeño ser que trastornaba su vida.

Sin él, estaría aun en su pobre habitación de la Boca del Lobo, pero indiferente y tranquila.

—¿Dónde está?—preguntó.

No esperó la respuesta.

Se precipitó hacia una de las camas, diciendo:

—¿Está aquí, no es verdad?

La buena mujer se sonrió.

Teresa se había apoderado ya de su hijo y le estrechaba con frensí.

—Se cría bien—dijo la viuda;—no da un ruido. No chista jamás: es que no sufre.

La criaturita habría los ojos, ya menos vagos, y que debían comenzar á ver.

Teresa le llevó hacia la ventana que daba á la huerta. Allí tres vacas bretonas, blancas y negras, gordas como las borricas que trasportan la leche á París, pastaban glotonamente la espesa yerba verde oscuro, salpicada de flo-

derribar árboles en el bosque de Rambouillet. Estaba reputado por su habilidad para esto y ganaba mucho. Yo tenía algunos bienes, aunque pocos, cuando me casé con él, la casa que veis y algunas tierras cerca de aquí. Teníamos bastante para vivir con cierto desahogo. Éramos felices y no teníamos nada que envidiar á nadie. Nuestra dicha duró cuatro años, y puedo deciros que no tuvimos ni un disgusto. Al cuarto año, acababa yo de tener á mi hija, que es tan fuerte y tan buena como su padre, cuando nos ocurrió un horrible accidente. Un día, estando mi pobre marido derribando encinas en el bosque de Breuille, del otro lado de Rosay, tomó mal sus medidas, cayó sobre él uno de los árboles, le rompió las dos piernas y le aplastó el pecho. Cuando me lo trajeron á casa, á la una de la mañana, estaba muerto.

Se detuvo y suspiró.

—Pronto hace veinticinco años de esto—repuso,—y pienso en ello siempre. Me parece que fué ayer. ¿Qué queréis? El mal estaba hecho. Mi pobre Lapierre es uno de los últimos que están enterrados en el pequeño cementerio cerca de la iglesia. Esta fué cerrada poco tiempo después por falta de cura... Quedé sola con mi hija que sólo tenía algunos meses. Yo estaba muy triste y sin saber cómo arrelgarme, Mis bienes valían poco; pero, sin embargo, no me atreví á abandonarlos para ponerme á servir. Por otra parte, me había jurado no volver á casarme. ¿Dónde hubiera yo encontrado un marido como el que había perdido? Una mañana ví entrar en mi casa una señora.

Venía de París. Me dijo que la habían hablado de nosotros muy bien—os cuento las cosas como sucedieron,—y que si yo quería, ella me encontraría una ocupación que me sería productiva. Que puesto que yo tenía una criatura, no me costaría mucho cuidar de una ó dos más, y que para comenzar, tenía una que proponerme, por la que me darían lo que yo quisiera, cuarenta francos al mes, por ejemplo, lo que era pagar bien. Aquella señora, ya de edad, era la comadrona que precedió á la señora Firmin en la calle de Richelieu...

—¡Ah!—dijo Teresa,—la que...

—La que me habló de vuestro hijo. La madre de la alumna que se interesó por vos en el hospital. Como supondréis, acepté. Quise saber el nombre de la persona que la había hablado de mí, pero no hubo medio de hacerla decirlo. Decía que su profesión la obligaba á ser discreta, y que aunque ella quisiera hablar, no podría.

Evidentemente la viuda tenía una idea que la inquietaba, porque añadió:

—Yo he pensado siempre, que la criatura era de alguno del castillo. En aquellos tiempos estaba más habitado que está hoy. Cuando vivía el conde de Corbière, había banquetes á cada instante. Tenían mucho boato. El conde gastaba más luises que monedas de cinco céntimos gasta su mujer. Tenía la mano rota. Aquí, entre nosotras, no se parece á él su mujer, no. Pero ella hace lo que la parece, ¿no es verdad? Esas son cosas que á nosotros no nos importan. Para abreviar: al día siguiente llegó